

CENTRO REGIONAL DE EDUCACION FUNDAMENTAL PARA LA AMERICA LATINA

H U A C H I T O
Y
"LOS VIEJITOS"



CRE
54-5
Ej.2

Manuel Pérez Coronado

BIBLIOTECA CREFAL

PATZCUARO, MICHOACÁN, MEXICO

CENTRO REGIONAL DE EDUCACION FUNDAMENTAL PARA LA AMERICA LATINA

H U A C H I T O
Y
“LOS VIEJITOS”



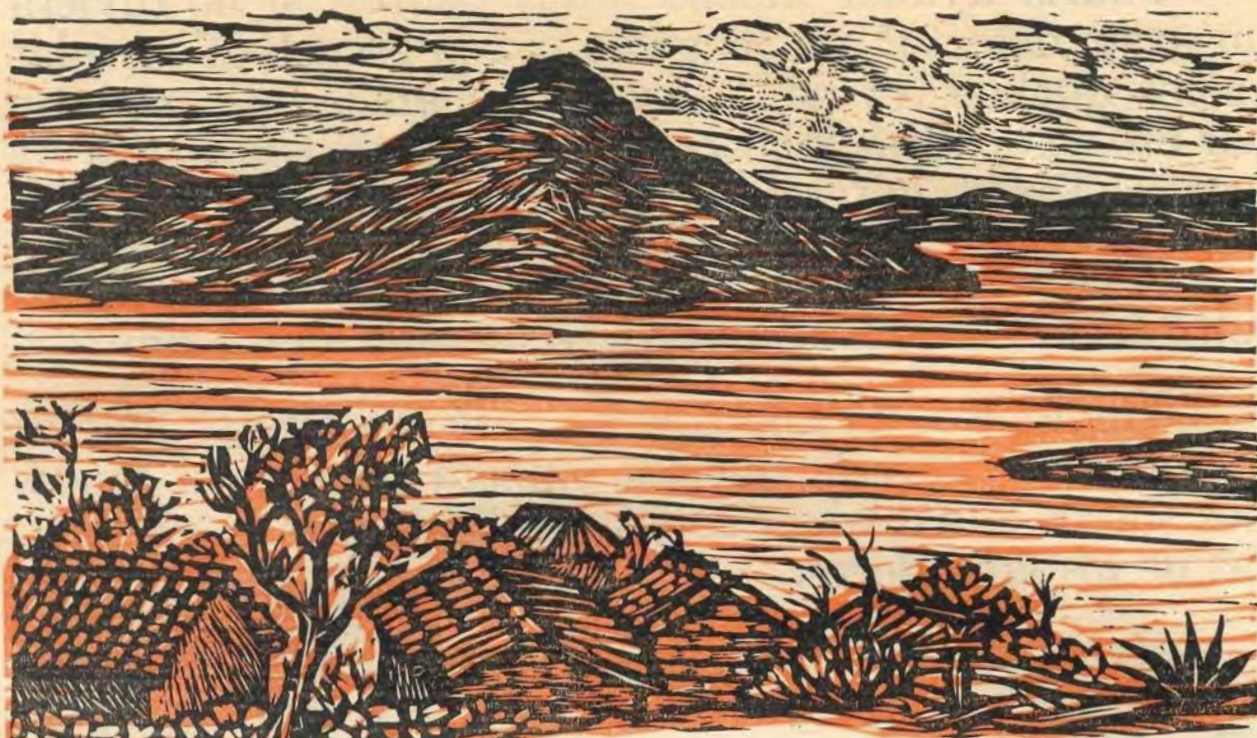
BIBLIOTECA CREFAL
PATZCUARO, MICHOACÁN, MEXICO

C R E F A L
1 9 5 4

PATZCUARO, MICH.
M É X I C O .

A todos los niños indígenas de la América Latina y en especial a los de la región del Lago de Pátzcuaro en México, cuya vida y tradición sirvieron de inspiración para escribir este cuento.

Manuel Pérez Coronado.



HUACHITO es un niño travieso y vivaracho.

Vive en uno de los pueblos del Lago de Pátzcuaro. Con sus amigos forma una simpática palomilla.



Podría ayudar mucho a sus padres, si no tuviera un gran defecto: no le gusta ir a la escuela ni ayudar en los quehaceres de la casa. Es el único hijo, pero no por eso sus padres le dispensan ni sus travesuras ni su pereza. Tardes enteras se pasaba contemplando el Lago.

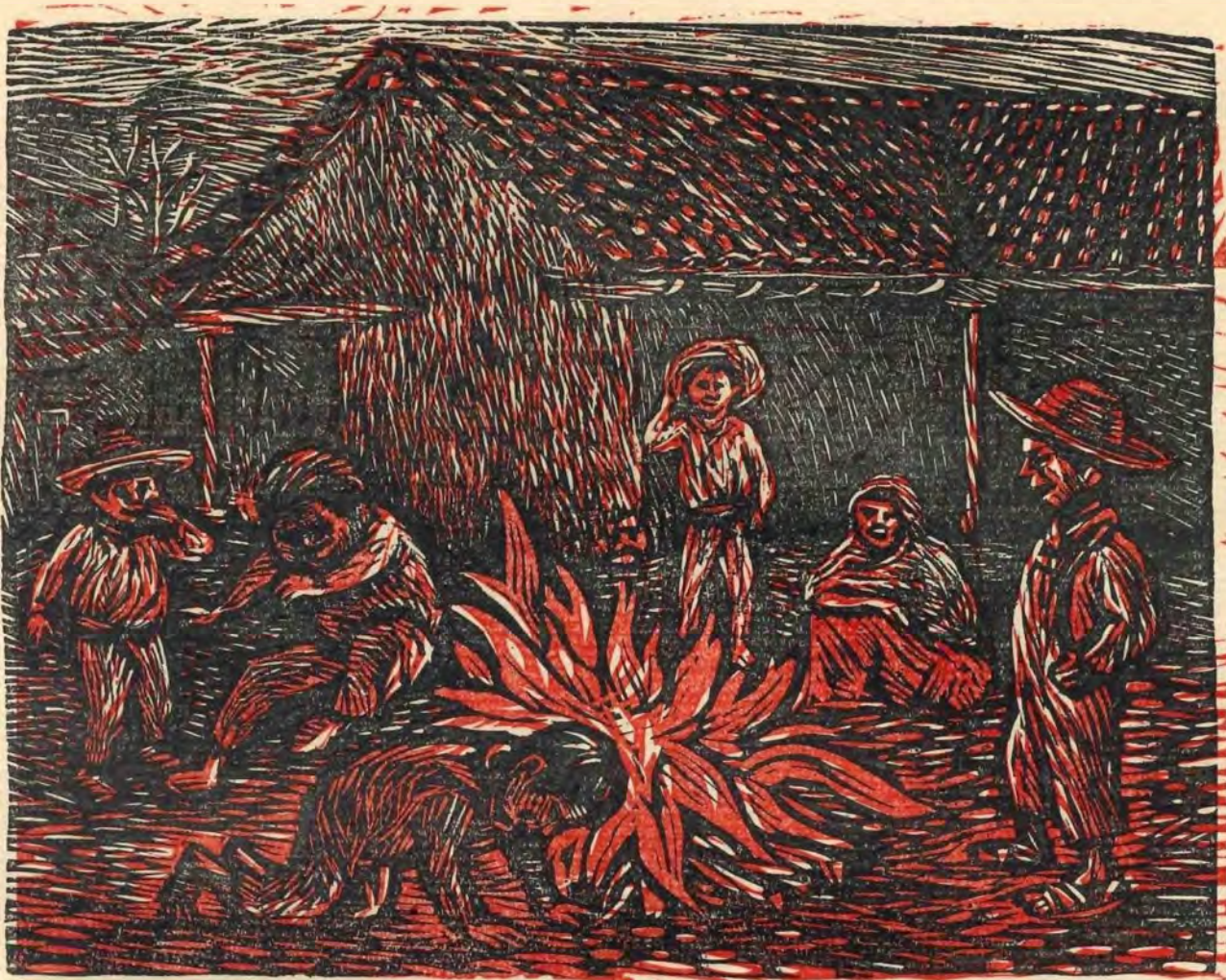
¡Qué bonito se ve con los colores de la puesta del sol! Una nube parecía acariciar la cima del Tzirate.

Volvió la vista a la ribera. Vió las tierras limpias y labradas. Parecía que las hubiera peinado el arado. Los surcos le hablaban de las muchas penas y esperanzas de los labradores.

Huachito sabía la alegría que proporcionaban aquellas tierras cuando crecían las milpas y el maíz empezaba a jilotear.

¡Qué bello se veía el lago aquella tarde! ¡Qué hermosa se miraba la tierra, recién regada por las lluvias! Era una boca por cada surco y una manchita roja de tejados por cada pueblito.





A Huachito le gusta jugar a “las carretas de rastrojo”, a “los trompos”, a “la roña”, “al coyote”, “al burrito fletado”, a “los toritos”, tirar con resortera y escuchar cuentos, sobre todo, del abuelo que sabe muchos y los relata con mucho agrado, junto al fogón de la cocina, o en el patio donde la chiquillería hace sus fogatas para divertirse o calentarse.

Saltando sobre el fuego parecen diablillos escapados del corazón de la tierra... El abuelito goza viéndolos jugar así, porque dice que en la vida se juega mucho con lumbre.



La palomilla de Huachito es muy alegre. Todos saben pirécuas que son canciones en lengua purépecha. A ninguno le gusta asistir a la escuela, tal vez porque están acostumbrados a trabajar con sus padres en el campo.

Huachito como sus amigos, prefiere en sus ratos libres hacer corrales con terrones de barro o piedras, con sus puertas de trancas y también arados de rama de sauz.





Los cuentos más bonitos son:
“El hacendado”, “El cuerpo sin al-
ma” y el de “El cerrito de irás. . .

Huachito está sentado en lo alto de un mogote. Subió a la piedra más alta, allá entre la nopalera, para llorar a solas. No se da cuenta de la presencia de algunos animalitos. Las ardillas son muy divertidas con sus manitas en alto y su cola esponjada y elegante.

Las parejitas de conejos parece que pasean del brazo por los jardines tranquilos del monte. Estos curiosos y pequeños habitantes son los eternos niños de la tierra, por eso son felices. Al único diablo que le tienen miedo es a Huachito que trae resortera.

Ahora, por el "berrinche" no se da cuenta que se están riendo de él.

De rato en rato se limpia las lágrimas con el puño de la manga de la camisa.





Su madre le castigó por descuido. Había olvidado dar agua a los animales, y como no era la primera vez que sucedía, el castigo fue duro.

El niño fue azotado con una vara de membrillo. Una vara larga y delgada que parecía que cortaba sus carnes.

Huachito estaba desesperado. Nunca le habían castigado tan fuerte. Sentía rabia porque le golpearon con una vara, con la misma que él había cortado para pegarles a los animales.

De pronto escucha el aleteo de un pájaro en la copa de un árbol cercano. El niño vuelve a la realidad. Rápidamente lleva una mano al morral. Sus dedos acarician la resortera. Se levanta y camina a un mejor sitio desde el cual pueda asegurar su puntería.

Confiaba en que haría blanco en el animal. El corazón le saltaba alborozado por la emoción. ¿Sería conguita, chapaturrín o calandria? ¡Lo que fuera, el acertaría!

Pero ¡ho!, desgracia. La suerte no le ayuda. Cuando iba a soltar la hondilla, a uno de sus huaraches se le soltó la correa, lo que le hizo tropezar y caer.

- ¡Mal haya mi suerte! Grita el niño, azotando el sombrero contra el suelo.

El ruido de la caída asustó al pajarillo. Según pudo darse cuenta al verlo volar e ir a posarse en un árbol.

Furioso Huachito arremetió contra una lagartija. Disparó contra ella, pero tampoco le pegó.

No había duda, Huachito tenía mala suerte aquel día.



Los pájaros se bur-
laban de él, pero más los
conejos y las ardillas.

Recogió su sombre-
ro y siguió acechando
inutilmente . . .



Se sentó y de nuevo sintió que le dolían las posaderas.

Suavemente acarició los moretones que le habían levantado los cuerazos.

Un triste sentimiento le conmovió al acordarse de sus padres. Esta vez los dos le “midieron” la vara, y no con poca razón, pues le hicieron ver que los animales son parte de la vida de la familia. Los animales nos dan carne, leche, ayuda en el trabajo y dinero. También le dijeron que a los animales hay que tenerles cariño. Los arrieros consiguen “la tortilla” con sus burros. No es bueno apalear a quien nos ayuda.





No creía que los animales fueran tan útiles.

Huachito salía por la puerta del corral, mientras su papá todavía lo amenazaba...



La tarde se había puesto su rebozo morado y la noche comenzaba a vestir al campo de luto. Las cosas se iban oscureciendo alrededor de Huachito. Vinieron a su memoria algunos cuentos del abuelo, que se desarrollaban en noches oscuras, sobre todo aquel “del cerri- to de irás y no volverás, y si no eres tonto regresarás”.

Realmente le gustaban los cuentos, pero ahora, le daban miedo. Sentía miedo al verse solo. ¿Qué haría? ¿Volver a casa? ¡No! El no quería volver.

El era hombre de palabra. Se había dicho cuando le azotaban que no sucedería más. No volvería a su casa. Pero ¿a donde ir? Sin haber decidido nada, se echó a caminar por una vereda. Se internó en el mal-país que se extiende a la orilla de la comunidad.

A lo lejos escuchó una campana.

- ¡La oración! Se dijo. - Deben estarme esperando, pero no volveré.

Había tomado ya una resolución: irse lejos.





Huachito caminó mucho por distintas veredas. Iba pensativo. Todo el monte estaba lleno de sombras y de silencio.



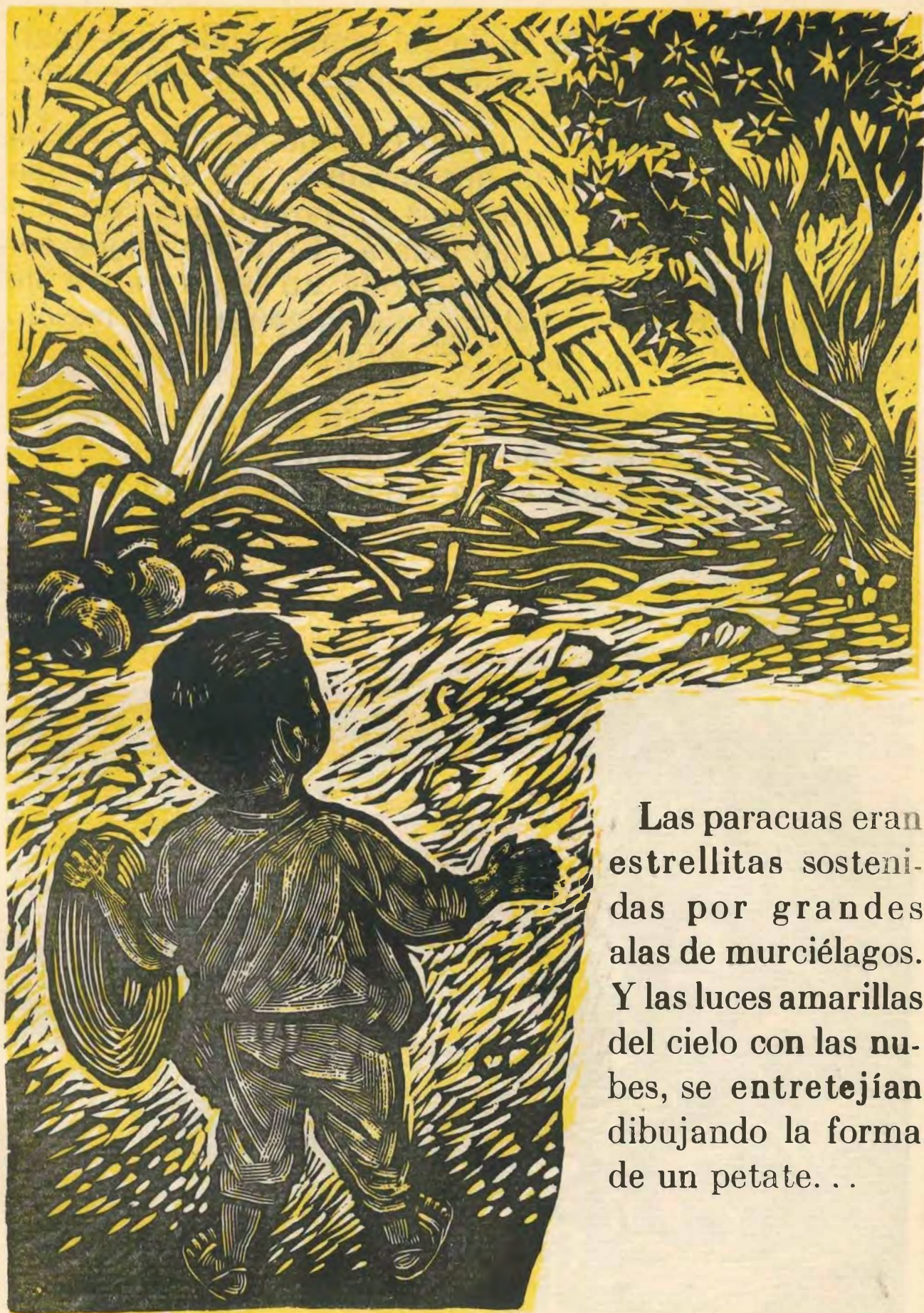
Junto a una paracua se echó rendido. La tierra estaba fresca y suave; invitaba al descanso. Los ojos del niño a veces se cerraban.

Los árboles tomaban formas extrañas. Algunos troncos, por retorcidos parecían trenzas. Veía las piedras como pedazos de cántaro o de ollas de Capula, Tzintzuntzan o Patamba.

El silencio llenaba el campo. El niño nada oía. Todo estaba dormido. Bien pudiera pisar cien víboras de cascabel y no darse cuenta de ello.

Tropezaba a cada momento, y mientras tanto, los coyotes allá en las curvas del camino, siguen cuidando a la raza purépecha... a veces suben a las iglesias y convertidos en piedra por la mano amorosa del hombre, vigilan sus pueblos.





Las paracuas eran estrellitas sostenidas por grandes alas de murciélagos. Y las luces amarillas del cielo con las nubes, se entretejían dibujando la forma de un petate. . .

No cabe la menor duda ¡el mundo anda muy mal!
Pensó Huachito. Su abuelito también lo dijo alguna vez.

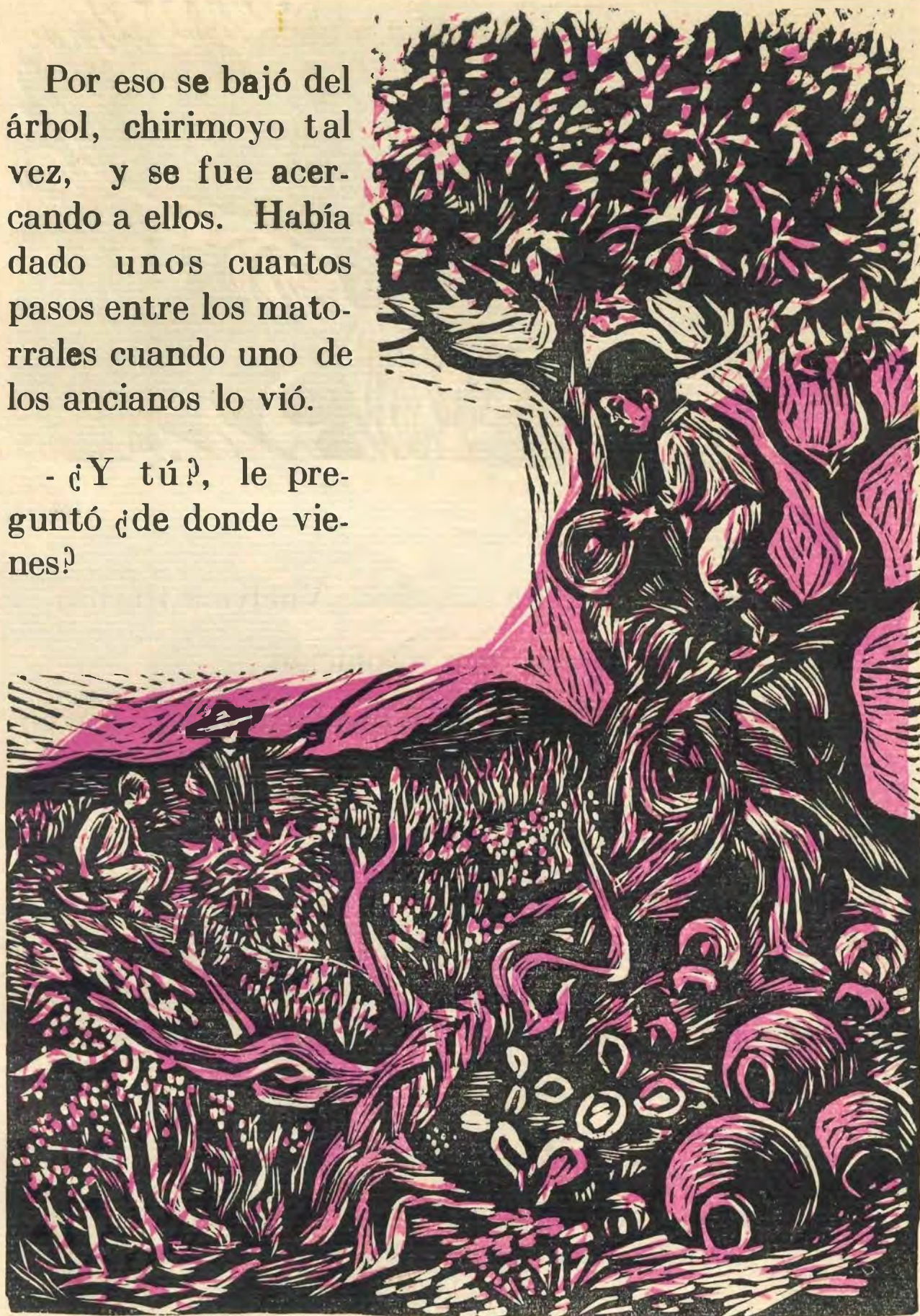
Dentro del aquel mundo extraño el niño escuchó unas voces. Parecían de dos ancianos. Se subió a uno de aquellos árboles retorcidos y, pronto advirtió que conversaban cerca de una fogata. Eran dos viejos como los de su pueblo. Uno traía un largo gabán de lana negra, el otro, vestido como la gente de la región, jugueteaba con su bordón de otate.

Huachito los observó bien y se dió cuenta que estaban fatigados, como si hubieran hecho una larga caminata. Los dos se veían tan buenos, que inspiraban confianza.



Por eso se bajó del árbol, chirimoyo tal vez, y se fue acercando a ellos. Había dado unos cuantos pasos entre los matorrales cuando uno de los ancianos lo vió.

- ¿Y tú?, le preguntó ¿de donde vienes?





El viejo del gabán dijo:

- Queremos darte un consejo: Vuelve a tu casa.

- ¡No! Dijo el niño con resolución.

- Mira. Dijo el anciano del bordón. - Somos campesinos como tú. Somos danzantes y sabemos mucho. Tú, en cambio, tienes tanto que aprender. El saber es bello como la luz del día o como las estrellas de la noche.

El otro viejo, continuó:

- Sólo sabiendo mucho podrás ayudar a tus amigos y a tu pueblo. Sólo sabiendo mucho podrás cumplir con tu deber y tener así la conciencia tranquila.

Huachito miró con desconfianza a los viejos y dijo:

- A mí no me gusta la Escuela. No quiero aprender.

- Sin embargo, nosotros tenemos el deber de enseñar a los jóvenes como tú. Más ahora que nuestra



su cobija una máscara roja y Huachito por poco se desmaya de la sorpresa.

- ¡Una máscara de “Los Viejitos”!, dice.

- Sí, niño, eso es. Esta danza es uno de los pocos recuerdos que nos quedan. Tiene mucho de la vieja sabiduría: los listones que se desprenden de los sombreros representan los rayos de sol que nos dan lo bello de las flores; sus colores representan el arco iris. Son la alegría del saber.

- Sí, Huachito, sus rostros sonrientes, redondos y colorados representan al sol que nace todos los días. Esta danza es el nacimiento del sol: El amanecer. El viejo sol que durante tantos siglos nos ha dado luz y calor.

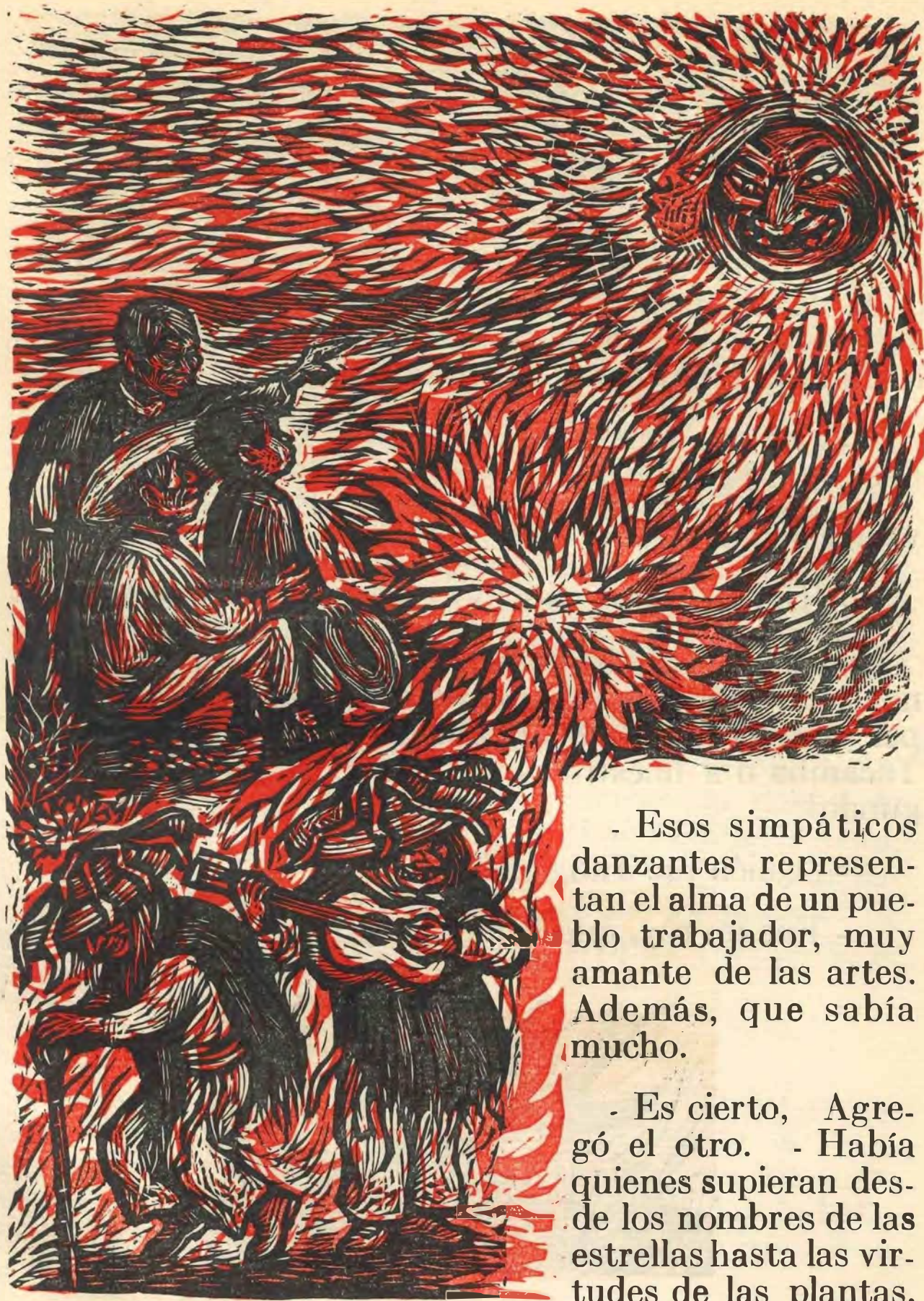


- ¿Y por qué se agachan los viejitos al bailar?

- Eso, niño, representa la muerte pasajera de la luz: al atardecer, cuando se ven nubes violetas y Tata Hurriata se va. Así pues, el sol nace y muere todos los días sembrando la vida.

Huachito seguía asombrado. Los viejitos continuaron conversando del pueblo purembe. El viejo del bordón dijo:





- Esos simpáticos danzantes representan el alma de un pueblo trabajador, muy amante de las artes. Además, que sabía mucho.

- Es cierto, Agregó el otro. - Había quienes supieran desde los nombres de las estrellas hasta las virtudes de las plantas,



y desde las riquezas de la tierra hasta los secretos de los cerros, y todavía más, sabían hasta de los amores de las flores con el colibrí.

Huachito se sentía apenado ante aquellos viejitos que sabían tanto. Comprendía que había estado equivocado. Comenzaba a interesarle el saber. Los viejitos le miraron atentos y le preguntaron:

- ¿Te has aburrido?

El niño sorprendido, después de un momento de vacilación, contestó:

- ¡Oh, no! Me gusta mucho lo que me han contado.

- Siendo así, dijo el viejo del bordón, te diremos que nuestro pueblo fue muy poderoso. Tuvo reyes, príncipes y princesas. ¡Oh, si hubieras conocido al príncipe Tacamba o a nuestro noble señor Tanganxhuán Segundo!

- ¿Quién fue Tanganxhuán?

- Fue un rey, que hombres extraños le sacrificaron.





Jamás reveló su secreto. Los tesoros del reino aún siguen ignorados. Hay un cerro azul donde están sepultadas las joyas de los señores más poderosos del reino.

- Imagínate niño, que en esa montaña estaba el templo del saber. A los que llegaban a la cumbre se les cubría con el manto de la sabiduría. Al bajar eran como si fueran otros. Se querían y se ayudaban. Eran realmente seres humanos.

- ¿Y qué pasó con todo eso?

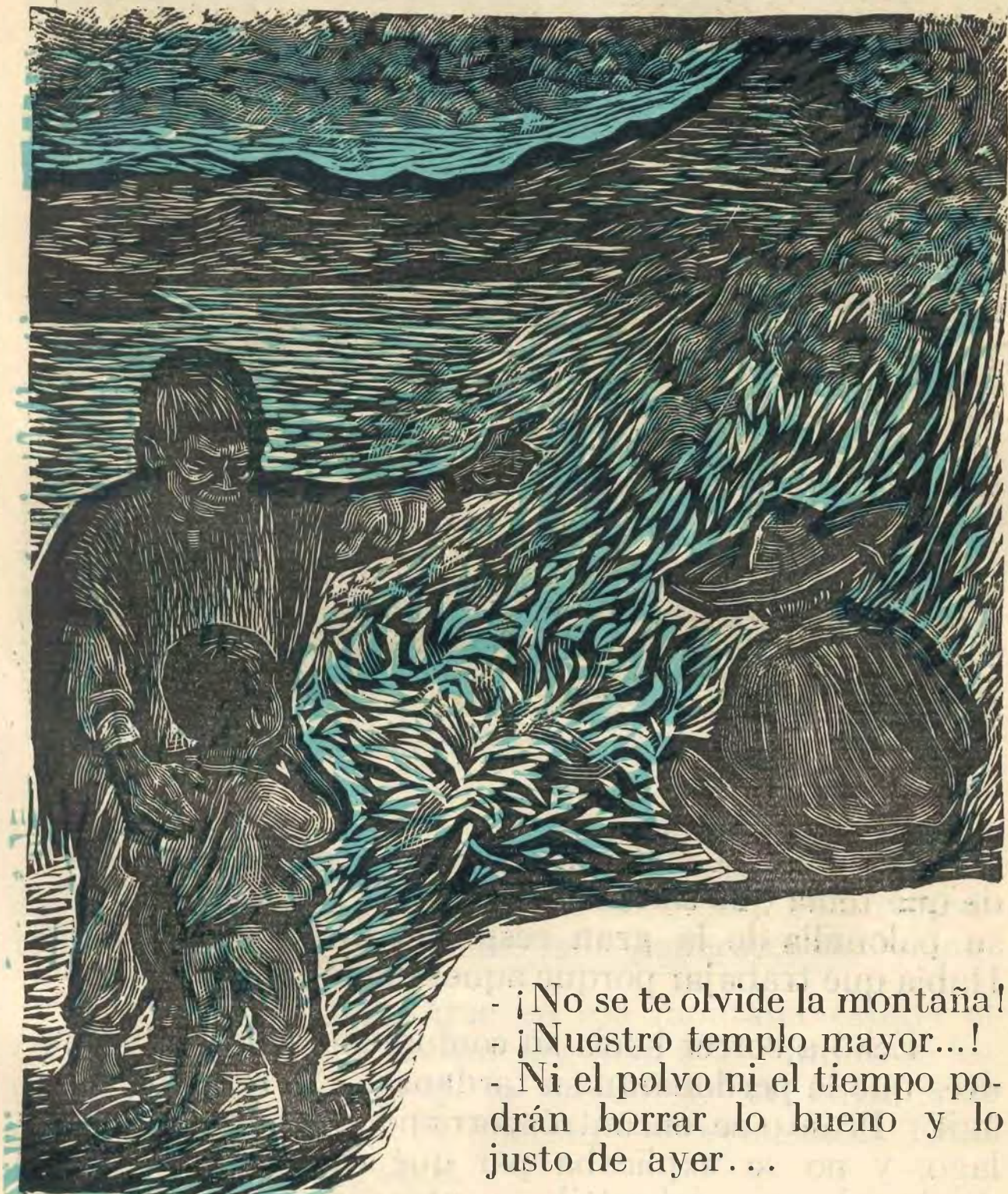


- Las guerras que nos hicieron aquellos hombres extraños, lo destruyeron todo. Alrededor de la montaña hay cerros; en cada uno había una ciudad. No quedó nada de eso, El tiempo las cubrió con tierra...!

- ¿Y nada de eso puede volver?

- Sí, Huachito, pero necesitamos la ayuda de los niños, estudiosos como tú vas a ser. Estudia, Huachito, y cuando seas grande trabaja para que mañana puedas, con tus hermanos, construir ciudades más grandiosas que aquellas que fueron destruidas y porque todos tengan una vida más buena y llevadera. Lucha contra la guerra. Haz que haya paz y trabajo para todos.



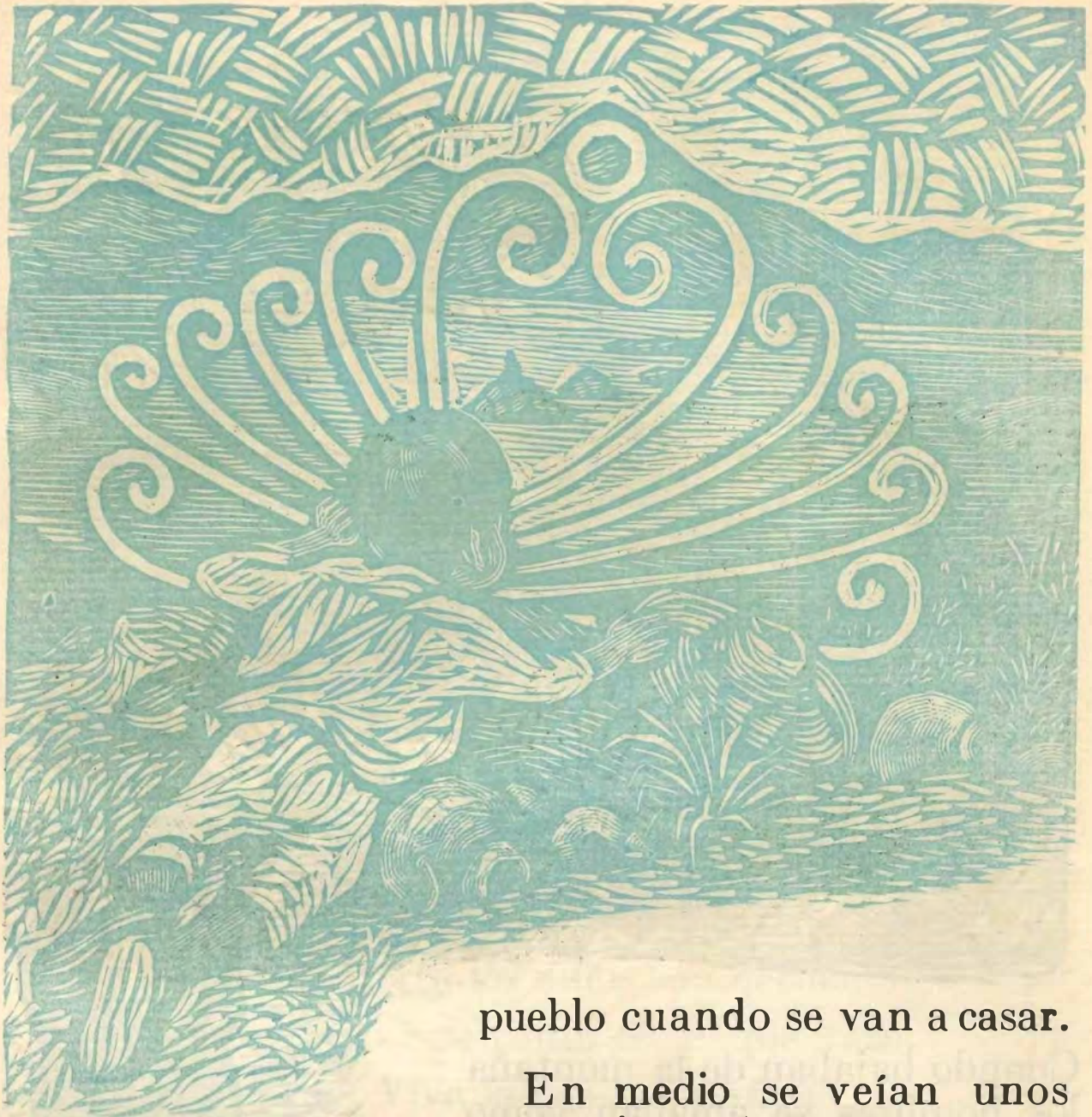


- ¡No se te olvide la montaña!
- ¡Nuestro templo mayor...!
- Ni el polvo ni el tiempo po-
drán borrar lo bueno y lo
justo de ayer...



Huachito se había levantado. Estaba convencido de que tenía que salvar a su pueblo. Debía convencer a su palomilla de la gran responsabilidad de los niños. Había que trabajar porque aquel pueblo se levantara.

Echó a correr hacia su comunidad. Diría a sus padres que le perdonaran su tardanza. Se sentía ligero y ágil. Pronto se encontró corriendo por las orillas del lago, y no se explicaba por qué razón lo veía como desde el cerro del estribo y através de un medallón de plata, de esos que regalan a las muchachas de su



pueblo cuando se van a casar.

En medio se veían unos mogotitos que seguramente eran las islas; Janitzio, Tecuena, Yunuén y Pacanda.

Huachito se había caído boca abajo. Algo le hizo tropezar. Oyó unas risas, como si se burlasen de su caída.

Rápidamente coge la resortera para castigar a los que se rieron de su caída. Pero se acuerda de su noble misión. Se acuerda de los viejitos. Se acordó de aquello:



Aprendamos la ciencia de la vida,
aprendamos amando la belleza,
que en la tierra los niños son hermanos
y en el cielo este canto es el que reza.
Paz, paz. Viva la paz del mañana
y que la vida se proclame sana,
sana, sana, colita de rana.
Sana, sana repica la campana.



Huachito rió feliz. Aquellas ranitas eran divertidas. Pero un pecesito travieso empezó a chapotear en la orilla.

- ¡Canijo, gritó Huachito!

- ¿Canijo yo? Dijo el pez. - Ya verás y comenzó a inflarse y crecía y crecía.

El niño se levantó y echó a correr, hasta que cansado se dejó caer sobre la hierba. El paisaje era el de antes. Lentamente fue abriendo los ojos y no vió ni al





pez, ni al lago. Todo aquello había sido un sueño. Estaba lloviendo y por eso tenía la ropa mojada. Ahora recordaba todo con claridad.



Los viejos del sueño tenían razón, él debía trabajar por su pueblo.



Regresaría a su casa, iría a la escuela, conven-
cería a su palomilla para que se uniera a su propósito:
luchar sin descanso porque todos los hombres se vieran
como hermanos.



Por la vereda del pueblo camina el niño, va cantando y saltando. Va alegre, porque lleva un propósito.



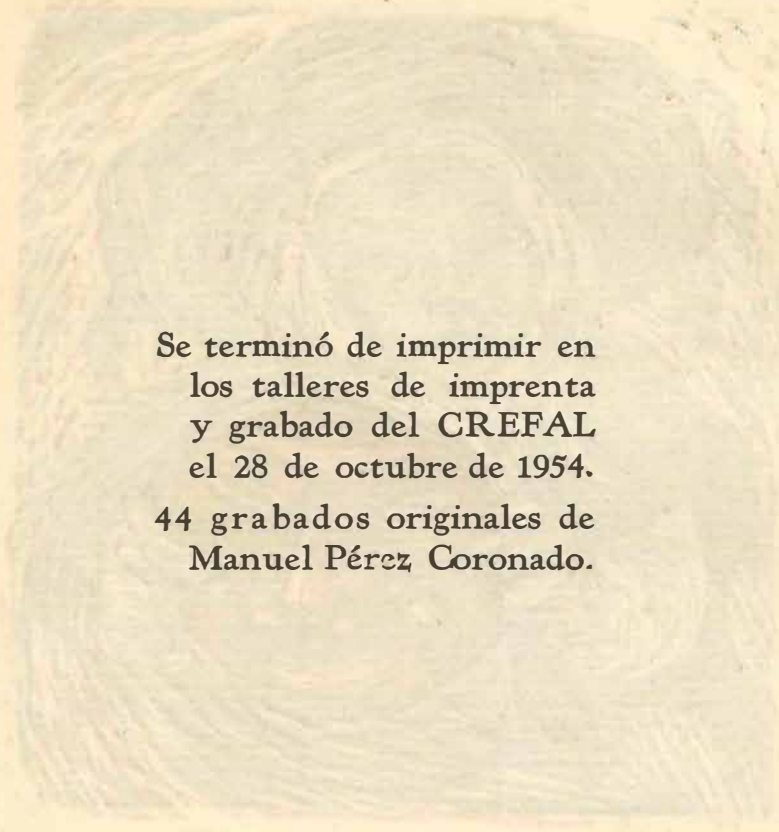
Tarareaba el canto de las ranas:

Aprendamos amando la belleza,
que en la tierra los niños son hermanos
y en el cielo este canto es el que reza.

Sana, sana, colita de rana,
sana, sana, repica la campana.







Se terminó de imprimir en
los talleres de imprenta
y grabado del CREFAL
el 28 de octubre de 1954.

44 grabados originales de
Manuel Pérez Coronado.